



CARTA DEL SR. OBISPO

¡RESUCITÓ!

QUERIDOS hermanos:

Celebramos, hoy, la fiesta más grande y solemne de la Iglesia. El "Día" del Señor por excelencia. Realmente, *éste es el día en que actuó el Señor*. Y, por eso, es *el día de nuestra alegría y nuestro gozo*. A toda la Iglesia Diocesana, en comunión con la Iglesia universal, os invito a *contemplar el rostro glorioso de Cristo*, para que en el corazón de todos renazca la esperanza confiada. Miramos a Cristo resucitado, y lo hacemos -como nos recuerda Juan Pablo II en su carta de comienzo de siglo- "siguiendo los pasos de Pedro, que lloró por haber renegado de él, y volvió a emprender el camino confesando su amor a Cristo, con comprensible temor: *tú sabes que te quiero* (Jn 51,15.17)" (NMI, 28).

La resurrección de Jesús supuso para los Apóstoles emprender los nuevos caminos. La valentía siguió al miedo; la seguridad, a la duda; la confianza, al titubeo; la comunión, a la diáspora; la confesión, a la sospecha; el espíritu, a la carne... Con la resurrección se abrió, en efecto, el *camino nuevo de la evangelización*. Los apóstoles "daban testimonio de la resurrección de Jesucristo con gran valentía". Nos recuerda Juan Pablo II: "animada por esta experiencia, la Iglesia retoma, hoy, su camino para anunciar a Cristo al mundo, al inicio del tercer milenio: Él "es el mismo ayer, hoy y siempre" (NMI, 28). La resurrección es, en efecto, *contenido y fuerza de nuestra evangelización, hoy*.

Como contenido de la evangelización, la resurrección de Jesucristo es una *apuesta confesante por la vida*. "La resurrección fue la respuesta del Padre a la obediencia de Cristo" (NMI, 28). En el cumplimiento de la vida, desde el proyecto de Dios, la resurrección es anuncio de una meta: "con-sepultados con Cristo, para ser con Él con-resucitados", nos recuerda San Pablo. La resurrección abarca, tocándolos con la vida, todos los momentos de muerte que el hombre experimenta desde su condición mortal. Una especie de germen de plenitud va creciendo en el hombre, a medida que experimenta cómo se deshace su propia condición terrena. La conciencia de Cristo con relación a su muerte, se aplica también a la muerte de los cristianos: "si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto". Por eso, "la contemplación del rostro de Cristo no puede reducirse a su imagen de crucificado. Él *ha resucitado*. Si no fuese así, vana sería nuestra predicación y vana nuestra fe (cf. ICor, 15,14)" (NMI, 28).

Como fuerza para la evangelización, la resurrección se nos convierte en esperanza. Quizás hoy, más que nunca, necesitamos todos la esperanza para tener confianza en nuestro futuro. Nunca, como hoy, hemos asegurado tanto porvenir, pero nunca como hoy, el futuro es más incierto. Las grandes posibilidades humanas de futuro van siempre acompañadas de enormes amenazas. Es como si "las obras de nuestras manos" llevaran impreso el signo de la fragilidad: *las frágiles obras de nuestras manos*. Contemplar el rostro glorioso de Cristo es admirar la obra de Dios en él, fruto de la potencia de sus manos. Dar cabida a Dios en la construcción del futuro de la humanidad, sin miedos, a corazón abierto, es apostar por la transformación gloriosa del rostro del hombre, más allá de la fragilidad de su futuro. La "espiritualidad de la resurrección" es la espiritualidad de la confianza, de la certeza, de la seguridad, del sano optimismo que espera, al final, una escritura recta, aunque, en el día a día, se las tenga que haber con tantos renglones torcidos.

Al felicitaros la Pascua de resurrección, os deseo que, ya que habéis resucitado con Cristo, busquéis siempre las fuentes de la vida y apostéis por ella con tanta plenitud que se os haga eterna.

Vuestro Obispo



*Celebramos hoy
la fiesta más
grande y
solemne de la
Iglesia*

*La resurrección
es contenido y
fuerza de
nuestra
evangelización*

*La
espiritualidad
de la
resurrección es
la espiritualidad
de la
confianza*

